

BOLETÍN INFORMATIVO Y DE ANÁLISIS N° 02-2021 Santiago, 29 de MARZO de 2021

CORONAVIRUS Y SU IMPACTO EN EL ORDEN MUNDIAL

El COVID-19, desde la perspectiva sanitaria, está lejos aún de ser un asunto superado y en consecuencia sus efectos en otros aspectos están también en evolución. Sin embargo, hasta la fecha se advierte desde ya la aparición o profundización de situaciones que inciden directamente en las relaciones internacionales y desde luego tienen un trasfondo geopolítico.

Sociedades en todo el orbe, desde hace más de una década arrastran los efectos de varias crisis mundiales, particularmente económicas, que han dado relevancia a diversas precariedades que afectan a parte importante de la humanidad, lo que ha devenido en la potenciación de diversos movimientos reivindicacionistas de variados aspectos, organizaciones antisistema y populismos. Por ello, es muy probable que a escala mundial los esfuerzos de los Estados post pandemia se concentren en contener estas fracturas sociales, religiosas, políticas y económicas por medio de una focalización en la reactivación de la economía y la contención de los movimientos sociales más fuertes y agresivos.

Como ante la crisis sanitaria las organizaciones internacionales no fueron capaces de reaccionar en forma oportuna y con el concurso de todos los países miembros, se visualizó una reacción altamente marcada por el individualismo de los Estados, que intentaron aplicar sus propias estrategias y soluciones aún en contra de los postulados de las organizaciones internacionales a las que pertenecen. Ello es fácil de advertir, por ejemplo, en que luego de una actitud inicialmente colaboracionista y solidaria respecto de la distribución mundial de vacunas, los Estados se aseguraron de privilegiar los propios intereses aun violando acuerdos comerciales ya suscritos por las compañías que desarrollaron vacunas contra el COVID-19. Es así como gobiernos de Europa y los Estados Unidos bloquean la exportación de sus respectivas vacunas para asegurar las inoculaciones propias de sus propios programas de vacunación contra el Coronavirus.



Esta realidad, evidentemente tendrá un efecto sobre el sistema internacional. El enconamiento entre varios Estados y comunidades de Estados ya se ha profundizado, lo que en algunos casos ha sido utilizado para, con un mensaje nacionalista, contener las fracturas internas al encauzar la ira contra adversarios externos.

El liderazgo mundial ha sufrido cambios, luego de una administración norteamericana que con su política de "América First" se retiró de importantes instancias internacionales como la OMS o el Acuerdo de París (aunque la nueva administración trabaja en revertir aquello) y en

consecuencia entregó el liderazgo mundial a otras potencias como China. Ante el espacio que Washington le dejó libre, China aprovechó la oportunidad para ocuparlo, mostrando una imagen de buen manejo de la pandemia una vez declarada, proveyendo vacunas por todo el orbe y entregando ayuda humanitaria a los países más pobres, a través de diversas donaciones de equipos y material sanitario. Así, la ya existente rivalidad comercial y militar entre ambas potencias se extiende hoy prácticamente a todos los ámbitos. Estados Unidos está intentando retomar una agenda más participativa a nivel mundial, pero necesita primero controlar la pandemia y el orden político interno, y se prevé que ello le demandará años de trabajo.



La Unión Europea, hoy, está bastante menos unida que antaño. A la salida del Reino Unido se suma una creciente tensión entre los países del norte (más conservadores en lo financiero y con economías más sanas) y los del sur, mucho más endeudados y que piden que los estímulos financieros los privilegien. Asimismo, la fabricación y distribución de vacunas está transformándose en un factor más de tensiones al interior de la UE. Este escenario, está agravando tendencias previas a la inmigración desde países más pobres hacia los más ricos, consecuentes nacionalismos y sobre todo aislacionismo al interior del bloque. Ello atenta directamente contra la autonomía estratégica que requieren en forma urgente, ante la emergencia del poder de China y la prescindencia norteamericana, que se suman a la permanente tensión con Rusia.

Si la Unión Europea logra que su recesión económica no sea muy extensa (lo que desde luego dependerá del control del virus y de las múltiples nuevas cepas de éste) y si logra un consenso sobre la aplicación de planes de ayuda y estímulo a las economías locales, puede ver incrementadas sus posibilidades de enfrentar a Rusia y China con cierta independencia respecto de los Estados Unidos y en forma más o menos exitosa. Tiene herramientas que les permiten, a pesar de sus debilidades geopolíticas, activar mecanismos de reactivación que les pueden renovar al menos parte de su influencia a nivel mundial.

Asia, por otra parte, nos muestra una creciente profundización de sus propias tensiones, que van bastante más allá de la relación con China. El control de los mares, las tensiones permanentes entre la India y Paquistán, el reciente conflicto en el Cáucaso son muestras de ello. Irán ve frenada su expansión como potencia local por el desastre provocado por la pandemia. Todo esto, provoca un debilitamiento de la estabilidad regional que ante una situación puntual arriesga provocar un efecto dominó.

La situación en África, inicialmente menos afectada por el Coronavirus por la baja transmisión entre países y al interior de éstos, ha derivado

posteriormente en un escenario muy complejo. El territorio centroafricano conocido como el Sahel, se caracteriza por la existencia previa de varios conflictos vecinales que ante el debilitamiento de las estructuras internacionales pueden salir de control. El África más próxima al Mediterráneo, que siempre intenta acercarse a Europa, ve cerradas las puertas de ese continente que está concentrado en superar sus propias calamidades y que en consecuencia no se siente en condiciones ni tiene mayor apoyo ciudadano para cooperar en este sentido.

Latinoamérica presenta un cuadro bastante diverso, pero en general muy grave. Si antes de la pandemia se caracterizaba por la existencia de variados conflictos y tensiones intraestatales y tensiones vecinales, sumadas a fenómenos migratorios no controlados y un aumento de la pobreza y de la tensión social, la pandemia ha dejado en evidencia las precariedades de la mayoría de los Estados y las consecuencias, ya graves en términos sanitarios, sociales, económicos y políticos, pueden agravarse hasta que se logre una estabilización de la pandemia que se ve todavía lejana.



Así, África y Latinoamérica aparecen como continentes “olvidados” por las grandes potencias y organizaciones internacionales, aunque apoyados en forma principal por China como ya se comentó.

Por otra parte, la ya muy grave situación de la economía mundial y la de los países en particular, obligados a concentrarse en los efectos directos de la pandemia, hacen que escaseen los recursos para enfrentar otras problemáticas que no han cesado, como el terrorismo, el narcotráfico y el tráfico de armas. Esa realidad, hace que los problemas de aquellos Estados más débiles, a su vez menos apoyados por organizaciones internacionales debilitadas por la crisis, sean considerados como periféricos por su distanciamiento forzado, lo que los deja en algún modo abandonados a su propia suerte.

Toda conclusión que se aventure antes del control de la pandemia puede apreciarse como apresurada. Sin embargo, se puede ver que el fenómeno desglobalizador que ya se esbozaba en forma incipiente se ha agudizado y que es necesario repensar y reenfocar la globalización como concepto a nivel global.

Sin embargo, las reacciones más bien individualistas de los Estados atenta contra aquello, ya que el proteccionismo como herramienta de crecimiento propio afecta contra la recuperación global. En otras palabras, la autarquía y proteccionismo sumadas a la desvinculación de las potencias occidentales, profundiza el desmembramiento y los regionalismos por sobre el sentido de comunidad internacional y los consecuentes esfuerzos sinérgicos para superar la crisis.

El rol de los Estados para enfrentar la problemática sanitaria, económica y social de sus países ha hecho que la figura del Estado se fortalezca en su rol protector y proveedor. Sin embargo, ya que el rol principal del Estado en estos momentos se centra a nivel mundial en la recuperación económica y sanitaria y proveer los bienes calificados como estratégicos, puede llevar (y ya ha sucedido en ciertas regiones) a medidas de proteccionismo y de endurecimiento de fronteras que finalmente puede afectar negativamente la economía mundial.

Los efectos de la crisis económica serán especialmente graves en aquellos países que aún sufrían efectos de las crisis anteriores y en que la pandemia ha afectado con mayor violencia. Las asimetrías existentes a nivel internacional en este sentido, probablemente produzcan cambios en la distribución de poder al menos por unos años, tanto regional como mundialmente, creando una relación causa-efecto entre las pandemias y la relación entre los Estados.



Como conclusión, se visualiza que el balance de poder exhibirá una confrontación de tipo bipolar entre China y los Estados Unidos en prácticamente todos los frentes, agravada por los efectos de la pandemia. Rusia, no abandona su intención y esfuerzos por aparecer como un tercer actor a respetar y tiene conciencia de lo estratégico de su posición ante una UE debilitada y dividida. China aparece con una posición internacional fortalecida ante unos Estados Unidos que intentarán recomponer su menguada estatura internacional, que sin embargo no se tradujo en una pérdida de su aún indiscutida supremacía militar. La crisis afectará de manera especial a los países con confrontaciones internas previas, acrecentando la inestabilidad regional que ya era clara en algunas regiones, como Sudamérica, África y Asia.

La merma en la capacidad de enfrentar problemas como el terrorismo y el narcotráfico, significará un agravamiento de tales fenómenos y a la sensación de que algunas regiones quedarían aún más aisladas del concierto mundial de países en desarrollo. Europa tiene riesgos ciertos de perder su condición de “Unión”, si no logra un consenso entre los países del norte y del sur, lo que los privaría de su seguridad estratégica y autonomía estratégica para enfrentar los desafíos provenientes del Este.

En este escenario, Oceanía y el Pacífico Sur, menos atribulados por las consecuencias del Coronavirus, se posicionan con ventaja como socios convenientes y posibles para nuestro país en su tarea de recomponer su estabilidad y desarrollo, tarea que desde ya se visualiza como de largo aliento.